

D. ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDÓN.

I.

EN LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.

Abre, oh Señor, mi labio: á mí descienda
Tu Espíritu, y encienda
Mi alma en tu amor. Agradecido suene,
No indigno de tu aliento,
En himno humilde á tu bondad mi acento;
Y cruce el mar y el universo llene.

Doquiera anuncie el regocijo puro,
De que el mortal seguro
Gozó por fin tras larga noche umbría;
Y la feliz aurora
Recuerde, en que tu mano bienhechora,
Amparo de Israel, nos dió á María.

¡Oh dulce instante y memorable y santo!
Calmó del orbe el llanto
Y el hondo afán de su natal la nueva;
De tu amor infinito
Diste, al formar su corazón bendito,
Al linaje de Adán excelsa prueba.

¡Ah! De la noche el estrellado velo,
El siempre rico suelo,

El sol brillando en la mitad del día,
Menos el pecho inflaman,
Menos la fuerza de ese amor proclaman
Que el alma santa de la Madre mía.

Escogida por ti, de gracia llena,
La bárbara cadena
Un punto no arrastró del enemigo:
Tú alzaste el brazo airado,
Y no llegó ni sombra de pecado
Al blando seno que iba á darte abrigo.

Te debías á ti tan alta gloria:
Por tu insigne victoria,
Necesaria, Señor, á tu grandeza,
Pudo modesta y pía
Sola á tus ojos ofrecer María,
No indigna de la tuya, su pureza.

El grande privilegio verdadero
Confiese el orbe entero:
En ningún corazón la duda habite.
¿Quién, Padre soberano,
Contó las maravillas de tu mano?
¿Quién hay, Señor, que tu poder limite?

¿Retroceder no hiciste la corriente
Del Jordán á su fuente?
¿Al pueblo de Israel no dió camino
Seco el mar á tu acento?
¿Y en la piedra de Oreb no halló sediento
Fresco raudal y puro y cristalino?

¿No cantan las angélicas legiones,
No cantan las naciones
En esa joya de inmortal valía
Inclinada la frente,
Un prodigio, Señor, más excelente?.....
¿No es Madre y virgen la feliz María?

¡Ah! que por siempre en soledad se vea,
Que negado le sea
El sol, y gima sin hallar consuelo,
El pecho descreído
Que tu gracia no admire agradecido
En la Reina hermosísima del cielo.

Yo te adoro, Señor: ferviente el labio
Te aclama bueno y sabio.
Al levantar tu mano sacrosanta
A esa Doncella pura,
También, Señor, á singular altura
A la mujer de que nací, levanta.

II.

INVOCACIÓN Á LA BONDAD DIVINA.

«Da quod jubes, et jube quod vis.»
(SAN AGUSTÍN.)

No amargo desconsuelo
Permitas que de mi alma se apodere,
Señor; ni el bien que el cielo
La ofrece, considere
Costoso, y de alcanzarle desespere.

Tu generosa mano
Mantenga sobre el agua mi barquilla,
Siquiera el Noto insano
La contrastada quilla
Bramando aleje de la dulce orilla.

Es yugo más süave
El de tu ley; es carga más ligera:
Con peso harto más grave
Y angustia verdadera
Aflige el vicio, si en el mal impera

¿Á quién, Señor, la vía
No complace risueña y deleitosa,
Que á tu morada guía,
Si en ella siempre hermosa
Entre nardo y clavel crece la rosa?

¿Si cuanto amena es llana,
Y el pie seguro y sin dolor la huella?
¿Si de tu frente emana,
Consoladora y bella,
La luz que alumbra al caminante en ella?

Fuente, que eterna dura,
Pusiste al fin de la jornada breve;
Quien de su linfa pura
La copa al labio lleve,
Vivir sin sed y para siempre debe.

De su raudal amado,
Lo espero, ha de gustar el labio mío:
Que á tu querer sagrado
Sujeto mi albedrío,
Y en tu bondad inextinguible fío,

Y en la lucha me acojo,
Padre, á la sombra de tu diestra amiga;
Y no el escudo arrojo,
Rendido á vil fatiga,
Ni el yelmo, que me diste, y la loriga.

¡Ay! si injusto recelo
Perturba un día mi quietud serena,
Disipa tú mi duelo,
De gracia mi alma llena,
Y luego, ¡oh Dios! lo que te plegue ordena.

III.

Á MI PRIMO Y AMIGO D. JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

«Domine, ut scuto bonæ voluntatis tuæ
coronasti nos.»

Señor, cuando me vieron
Los impíos seguir tu huella santa,
Mil lazos me tendieron;
Y con soberbia planta
Oprimir intentaron mi garganta.

Y porque no pendía
Alfange de mis hombros pavoroso,
Ni el pecho defendía
Escudo poderoso,
Desarmado creyeron mi reposo.

Mas tú que del impío
Observas los caminos siempre atento,
Luego en auxilio mío
Viniste, y á tu aliento
Fueron ceniza derramada al viento.

Á mis hijos la historia
Conté del mal y el escarmiento duro;
Y encuentra en su memoria
Más que tras fuerte muro
Sabrosa paz su corazón seguro.

Sentada mi cabaña
Á la margen está de hirviente río:
De juncos es y caña:
Crecido en el estío,
Ni una flor arrancó del huerto mío.

Por tanto bien, si nace
El nuevo, nunca merecido día;
Y cuando envuelto yace
El mundo en niebla fría
En el silencio de la noche umbría;

Ya muestre en viva lumbré
Su faz bañada el sol puro y sereno,
Ya ruja en la alta cumbre
Del monte el ronco trueno,
Y rompa el rayo de la nube el seno;

Inclinada la frente,
Señor, tu fuerza y tu bondad adoro,
Y en himno reverente
Mi voz uno al sonoro
Himno incesante del celeste coro.

EPÍSTOLA AL DR. D. JOSÉ BERNARDO COUTO

CON MOTIVO DE SU «DISCURSO SOBRE LA CONSTITUCIÓN DE LA IGLESIA».

¿Será, Bernardo, que de angustia y duelo
Escenas sólo contemplar doquiera
Debamos ¡ay! al indignado cielo?

¿Será que el rostro la virtud severa
Por siempre vele, y de su voz augusta
Por siempre el eco entre nosotros muera?

Cuál gime ves; y la maldad robusta
Al son prosigue del aplauso impío
De infames turbas su carrera injusta.

De sangre corre caudaloso río:
Devora el fuego los paternos lares:
Falta en los buenos esperanza y brío.

Desolados están nuestros hogares,
Y el gemido de víctimas sin cuento
Los propios cruza y los extraños mares.

Y el morador de Londres opulento,
Y los que á orillas del Danubio habitan
Ó á la margen del Sena turbulento,

Llenos de horror, al escucharle, gritan:
«Amor, respeto el Universo niega
Á quienes ira y menosprecio excitan.»

Un pueblo en tanto á quien el odio ciega,
Y se dice ese pueblo nuestro hermano,
Con fácil triunfo á castigarnos llega.

Dulce patria infeliz, la excelsa mano
Te ampare del Señor Omnipotente,
Y aparte de tu cuello el yugo insano.

¿Lo ves, oh amigo? Con rubor, doliente
Los ojos baja, y con amargo lloro
Mira seco el laurel que ornó su frente.

¡Ay! que las gracias y el gentil decoro
Perdidos juzga, y la riqueza y gala
Y el antes respetado cetro de oro;

Y triste queja de su pecho exhala,
Al ver que roto sobre el roto muro
Da sombra escasa el pabellón de Iguala.

¿Y nadie calma su dolor? ¿Y el duro
Hierro siguen blandiendo nuestras manos,
Y el plazo abrevian de su fin seguro?

¡Oh incomprensible ceguedad! ¡Oh vanos
Consuelos, con que el alma quiso un día
La muerte ver y el deshonor lejano!

¡Ay! la terrible tempestad sombría
Las flores deshojó del huerto ameno
Del Señor y del huésped alegría.

¿Y habrá quien al rugir del ronco trueno,
Ponga, con esperanza de otras flores,
Nueva semilla en el preciado seno?

Augusta religión de mis mayores
Á quien mi patria mísera debiera
En edad más feliz hijos mejores,

Tan sólo en ti mi corazón espera:
Que dulce alivio en infortunio tanto
De otra mano esperar inútil fuera.

Y en estas horas de mortal quebranto
Las palmas vuelvo y el mirar doliente
Del Tepeyac al simulacro santo.

Centro y lazo de amor, ante él la gente
Se postra y quema incienso todavía
De California á Yucatán ardiente.

¿Y el noble pueblo, que adoptó María,
Cercado se verá de niebla oscura,
Mal guardada la fe, que al cielo guía?

Tú, mi Bernardo, que su antorcha pura,
Don excelso de Dios, sumiso adoras,
Cifrando en su custodia su ventura,

Tú de mi madre la clemencia imploras;
Y ¡ay! tú también con angustiosa pena
Por esta tierra, en que nacimos, lloras.

Mas tu ejemplo magnánimo condena
El bárbaro egoísmo, el desaliento,
El miedo vil, que de baldón nos llena.

Y ruge en vano el huracán violento;
Sí, que apagar con su feroz rugido
No puede, no, tu generoso acento.

Él se escucha doquier: el oprimido
Pueblo por él á respirar alcanza,
Y el bien divisa que estimó perdido.

¡Oh de ingenio y virtud noble alianza!
¡Oh empresa digna y sacrosanta y bella!
¡Oh fuente de dulcísima esperanza!

¡Ay! si se mueven á seguir tu huella
Otros, ¡oh amigo! de la patria el duelo
Tendrá fin y la trémula querella.

No es antigua la lid de nuestro suelo;
Ni alzaron sus primeros pabellones
En él los que hacen cruda guerra al cielo.

Blasfemaban monarcas y naciones,
Y al mundo en tanto México ofrecía
La cruz del Redentor en sus pendones.

Y no menos odió la tiranía
Que la impiedad sacrílega su hermana:
¡Oh glorias santas de la patria mía!

Si hoy el sacro depósito se afana
También por conservar ileso y puro
Cual de su vida en la feliz mañana;

Si hoy, cual entonces, el antiguo muro
Alzado en torno del altar, defiende
Con noble aliento y corazón seguro;

Paz logrará. Con nueva furia enciende
La discordia civil su horrible tea,
Y la llama voraz crece y se extiende.

Que el templo, empero, respetado sea;
Y que al Sumo Pastor el pueblo unido,
Un dogma y una ley tan sólo crea.

Y el Señor nos dará compadecido
La mano, y templará nuestros enojos;
Y á nuestro ruego inclinará su oído,
Y el llanto enjugará de nuestros ojos.

Á GERMÁNICO.

Infausti populi romani amores.

En vano de la antigua disciplina,
Porque impere el vigor en las legiones,
El hijo tierno á dura muerte expones
Dormido en el regazo de Agripina.

En vano al Rhin la majestad latina
Enseñas á acatar en tus pendones;
Y en vano, sojuzgadas cien naciones,
Tiberio sin rival por ti domina.

Ciñe verde laurel tu frente en vano;
Y de que ilustre la virtud primera
El solio, en vano la esperanza asoma.

Tus glorias turban al feroz tirano;
Mas ¡ay! vivieras, si verdad no fuera
Que infausto amor es el amor de Roma.

D. FERMÍN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.